

IX ENCUENTRO DE ASOCIACIONES MICOLÓGICAS DE CASTILLA Y LEÓN.

Toro (Zamora), 28 de Mayo de 2011.

Vicente Fernández-Merino

Miembro de la Academia de Gastronomía de Valladolid

Despertar un sábado sabadete a las 7 de la mañana para hacer un viaje que no sabes lo que va a dar de sí, cuando menos, te cuestiona la cordura de tu mente calenturienta. Afortunadamente el aire de la mañana, oloroso como el mejor after shave, me puso las pilas de inmediato.

En Vallata esperaba Manuela Espinel, puntual como el amanecer y sonriente como es habitual en ella; un regalo, oiga! Y charla charlando, se nos hizo el viaje un suspiro.

Ya en nuestro destino, vimos las primeras pañoletas color “tinta de Toro” al llegar al Ayuntamiento. La concurrencia, numerosa. La organización, perfecta. La gente, amable. ¿Se puede pedir más? Pues sí: un café. Inmediatamente fueron intuidos nuestros deseos porque un amable organizador con brazalete de autoridad, nos lo propuso arriba tenéis un tentempié. En el espectacular balcón del Ayuntamiento nos esperaban las mesas impolutas, café a los distintos gustos, pastas de la tierra, sol brillante, cielo azulón, preñado de vencejos, conversación agradable, discursos mínimos y muchos cafés; los que quisimos. ¡Como a nadie le importa!

Uniformados con las pañoletas, gorrita micológica y animus gozoso, mi compañera y sin embargo amiga, que diría el llorado Alfonso Sánchez, tras una mirada cómplice, me leyó el pensamiento: nos apuntaríamos al recorrido por la ciudad y dejaríamos que los seteros consumados se luciesen por los bosques toresanos. Y a fe mía que acertamos.

La primera visita fue a la “recién inaugurada” plaza de toros, una joya de 1828 restaurada primorosamente y volcada al planeta taurino el pasado mes de Julio con Ponce, Perera y Leandro como protagonistas del primer festejo. Olía a nueva, pero la imaginación y la magnífica reconstrucción te llevaban sin molestia a los primeros aplausos decimonónicos.

Como contrapunto, la visita a la Colegiata Santa María la Mayor, joya del románico del s. XII, cuyo Pórtico de la Gloria me sigue poniendo los pelos como escarpías. Manuela y yo cotilleábamos todo, aquí la temática, allá el Calvario del Museo, en el otro lado el órgano... Como no podía ser de otro modo la salida a la luz, después de sentir la Luz, fue apoteósica. Cegados por el sol al principio, conseguimos abrir los ojos y, ¡oh, maravilla!, allá estaba el Padre Duero, serpenteante por huertas y choperas, escoltado por los olores del romero, el tomillo y la lavanda. Una visión espectacular. Para sentirla.

El autobús nos condujo hasta la Bodega Torreduro, donde pudimos degustar los caldos de esta firma y, sobre todo, la sabiduría del enólogo que nos explicó el proceso de

fabricación de los mismos. Un surtido de embutidos de la zona en la misma Bodega comenzó a abrirnos otros horizontes.

Así que “la Manuela” y servidor nos dirigimos hacia la intrincada Ruta Enológica Toresana. Bajo los soportales de la plaza, con la torre del reloj como vigía, iniciamos camino abriéndonos paso por la jungla de “catadores” que empinaban las distintas variedades de la tierra. Nosotros a lo nuestro, justificamos una despiadada degustación de pinchos, amparándonos en nuestra condición de Académicos gastronómicos. Cualquier disculpa vale.

El grueso de pañoletas, tras reunirse en el lugar convenido, se dirigió en ordenada procesión hacia el hotel Juan II, donde nos esperaba un arroz a la zamorana que provocó diversos vivas al Rey, nuestro señor. Le siguió un muslo de pollo asado, muy en su punto y una mousse de limón para desengrasar. Cafés, discursos, chupitos varios, intercambio de tarjetas, loa de la amistad, en fin, lo propio.

Tras despedirnos de Santiago de Castro, que estaba en plan profeta en su tierra y ejerció de forma magistral como anfitrión, emprendimos camino de vuelta, no sin antes girar visita de médico al amigo Javier Vila, sobrino de la ilustre pintora toresana Delhy Tejero (1904-1968), cuya obra custodia con devoción y nos hace partícipes de ella a poco que se le insista.

No podíamos haber buscado mejor colofón al día así que, para qué más, tras paradita para la tónica de rigor, el guión lo requería, emprendimos regreso al mundo de la realidad: Valladolid.

Allá llegamos con bien y gracia, colocando imágenes y sensaciones en el anaquel de los días felices, en la tarde del día epigrafiado supra.

Laus Deo et Academia